



Pablo VI, Papa y Profeta

1968 era el año de dos profetas llamados Pablo. Pablo Ehrlich recibió numerosos elogios por su libro best-seller, *La Bomba de Población*. El Papa Pablo VI fue ampliamente malmirado por su carta encíclica *Humanae Vitae*, sobre la dignidad de la vida humana.

Pablo Ehrlich predijo que el fin del mundo estaba a la vuelta de la esquina. “La batalla para alimentar a la humanidad ha terminado”, escribió. “En los años 1970s y 1980s, cientos de millones de personas morirán de hambre a pesar de cualquier programa emergente.” Ehrlich promovió “programas emergentes” sin embargo: la anticoncepción en todo el mundo para disminuir el número de bocas que alimentar y el aborto en todo el mundo para cerrar bocas que de otro modo tendrían que ser alimentadas.

Pero la catástrofe profetizada por Pablo Ehrlich nunca ocurrió. En 2018 habitamos un mundo mejor alimentado que nunca. Nuestro problema es lo contrario de lo que Ehrlich predijo: un mundo de muy *poca* gente, no uno de demasiada gente. Como consecuencia de la marcha hacia familias más pequeñas la fecundidad ha caído en todas partes. Muchos países enfrentan ahora el problema de despoblación porque no hay suficientes nacimientos para contrarrestar el número de muertes. En respuesta, los gobiernos han intercambiado las pólizas que exigen familias pequeñas a las pólizas de expansión familiar—

pólizas que animan a las parejas a tener *más* hijos. Esto no es el desarrollo que Pablo Ehrlich predijo. Su profecía de explosión demográfica ha sido desmentida totalmente por los acontecimientos.

El otro profeta de 1968 proclamó la sabiduría del pasado cristiano como una guía segura para el futuro de los pueblos. Totalmente consciente de las empobrecedoras presiones de la población sobre la alimentación, la vivienda, y la vida matrimonial, Pablo VI reafirmó lo que los cristianos siempre habían sostenido lo que es el matrimonio: “una sabia institución del Creador para realizar en la humanidad su designio de amor” — el amor que invita al hombre y a la mujer “para colaborar con [Él] en la creación y educación de nuevas vidas.”

El Papa repitió lo que la Iglesia había enseñado desde siempre: anticoncepción y aborto violan ese designio creado del amor y no pueden caber en él. El profetizó que el uso cada vez más aceptado de anticoncepción abriría un camino “ancho y fácil” hacia la infidelidad conyugal, porque los hombres llegarían a considerar a la mujer “un simple instrumento de goce egoísta” en lugar de una “compañera, respetada y amada.” Y este desarrollo a su vez aceleraría “la degradación general de la moralidad” en la sociedad.

Los que propusieron campañas gubernamentales para la anticoncepción y el aborto, Pablo VI advirtió, pondrían la dimensión “más personal” de intimidad matrimonial “a merced de los poderes públicos.” Esto sometería “la misión de generar vida” a “la voluntad arbitraria de los hombres” que no toman en cuenta el respeto moral de su gente. “¿Quién detendrá a los gobernantes

de . . . imponer . . . el método de anticoncepción que ellos juzguen más eficaz? ”, preguntó el Papa. Campañas de esterilización forzadas en la India y la póliza de un solo hijo en China junto con el aborto forzado pronto demostraron que tan profética había sido la pregunta de Pablo VI.

Hace cincuenta años este verano todos pensaron que Pablo Ehrlich tenía razón y Pablo VI se equivocó. Pero el pasar del tiempo ha revelado quien de los dos era el verdadero profeta de 1968.